



Rustam  
21 años

Irán → Dinamarca

“Cuando tenía unos 15 o 16 años mi mente comenzó a darle vueltas a la idea de escapar de Irán y su régimen fundamentalista. Nos amenazaban porque mi padre era un doctor muy progresista, y mis padres estaban aterrizados. Me fui con mi mejor amigo y su hermano; volamos a Turquía. Las imágenes de refugiados que conservaba eran de África, niños muertos de hambre con enormes estómagos. Pero decidí escribirles a mis padres anunciándoles que tenía intención de exiliarme como refugiado a un país occidental. ”

Tengo 21 años y emigré desde Teherán, en Irán, a Dinamarca, pasando por Turquía.

Mi familia se compone de mis padres, un hermano gemelo, y dos medio hermanos mayores: un chico y una chica. Mi padre es doctor y mi madre ha sido siempre ama de casa, aunque si no recuerdo mal trabajó dos años como secretaria privada. Siempre me he llevado bien con mi familia, especialmente con mi hermano mayor.

Era un niño difícil, por lo menos eso pensaba mi madre. Era muy escandaloso y me distraía cualquier cosa. Por ello tuve problemas con el aprendizaje de la lectura. Lo único que me interesaba del colegio era el recreo. Fue una época horrible para mí, viniendo de una familia con una formación académica tan sólida y prolongada. Mi madre acostumbraba a decir: “¿Qué es lo que he hecho mal?”. Aunque tenía profesores particulares suspendí el 7º grado. Entendía perfectamente lo que se esperaba de mí, pero me veía incapaz de responder, y cuando lo hacía era con resultados opuestos a las expectativas.

Cuando tenía unos 15–16 años mi mente comenzó a darle vueltas a la idea de escapar de Irán y su régimen fundamentalista. Nos amenazaban porque mi padre era un doctor muy progresista, y mis padres estaban aterrizados. La escapada de Irán a Turquía fue una aventura por sí misma. Me fui con mi mejor amigo y su hermano (eran mis vecinos); volamos a Turquía. Yo tenía 16 años, mi amigo 18 y su hermano 19.

Nos llevó dos semanas preparar la huida. Nos enteramos de la existencia de una organización especializada en sacar a la población de Irán, a través de un paciente de mi padre que tenía un hijo que había salido del país gracias a ella. Viajamos con armas a nuestras espaldas. No éramos conscientes de ningún peligro, ni siquiera lo pensábamos.



Fue en Turquía cuando me di cuenta del lío en el que me había metido. Mis dos amigos me dejaron colgado al poco de llegar. Tenían un tío con muchos recursos que bien pronto les consiguió un visado a Francia. Así que, de repente, me vi solo en Turquía, y fue muy duro. No podía comunicarme con la población, y no me podía fiar de nadie: no podía decirles que era un inmigrante ilegal. Fue agotador. Afortunadamente, el infierno sólo duró 2 ó 3 meses. El traficante que me había ayudado a escapar se sintió tan culpable que me invitó a su casa, para que al menos pudiera comer. Era un hombre muy agradable.

Entonces fui a Estambul. Allí las cosas mejoraron, porque me encontré con algunos viejos amigos de Teherán, incluso un tipo que realizó mi misma ruta, a la que bautizamos como “la autopista”. En Estambul oí hablar de la posibilidad de solicitar asilo como refugiado. Primero intenté establecerme en Turquía, pero con el tiempo me di cuenta de iba a ser muy difícil, fue una época muy dura de mi vida, y no quiero volver a pensar en ella...

Las imágenes de refugiados que conservaba eran de África, niños muertos de hambre con enormes estómagos. Pero decidí escribirles a mis padres anunciándoles que tenía intención de exiliarme como refugiado a un país occidental, y que iría donde quisiera.

Mi hermano, que volvió desde EEUU, me ayudó a preparar la estrategia para emigrar a Europa, después de unas primeras reticencias. No importaba a qué país. Cuando un traficante de personas vino a decirnos que él llevaba gente a Suecia, Alemania, Dinamarca, Bélgica, Holanda, etc., estaba dispuesto a irme a cualquiera de estos países...

Entonces llegué a Dinamarca. Compré un pasaporte, cambié la foto y falsifiqué los sellos. Las primeras dos semanas me lo pasé muy bien, pero todo me parecía muy pequeño, viniendo de una ciudad de 4 millones de habitantes... Durante los primeros meses permanecí en estado de shock. Los refugiados no sabíamos ni cómo hablar a la gente, así que hicimos piña todos los que estábamos en el centro. Fue también una época dura. Ni siquiera sabía si podría quedarme en Dinamarca, pero al menos allí mi residencia era legal, no como en Turquía, donde todo el tiempo temía que la policía me pillara.

Estuve en el centro sólo el tiempo de espera a recibir el asilo político. Éramos sólo un puñado de jóvenes que nos divertíamos juntos, pero cuando íbamos a la discoteca grupos de daneses nos amenazaban y nos pegaban. Me asusté y comencé a ir siempre con una navaja encima. Algo que nunca había hecho antes de llegar a Dinamarca. Pero me afectaban las historias de ataques a gente como yo sin ningún motivo. Así que me aparté de los daneses y me encerré más en el grupo del centro, más cuando ninguno teníamos familia en Dinamarca. Empezamos a fumar droga en secreto y a beber cervezas, sólo esperando la llegada de los papeles de asilo. Fui uno de los más afortunados al conseguir asilo temporal en 4 meses. Muchos de mis amigos se decepcionaron por la espera y se metieron en problemas. Alguno incluso se suicidó.



Se me presentó la oportunidad de ir a Jutland, pero no quería porque todos mis amigos estaban en Copenhague y prefería quedarme con ellos. Se me advirtió que si no me trasladaba no recibiría clases de idioma y dejarían de ingresarme dinero. La presión se prolongó 4 meses. Entonces me marché a Odense, donde vivía con otra gente joven; algunos de ellos eran educadores sociales. Allí dormía y comía, pero siempre que podía volvía a Copenhague con mis amigos, callejeábamos y fumábamos droga. Poco a poco, reproduje esta red de amistades en Odense y acabé haciendo con ellos las mismas cosas que en Copenhague.

Una noche me paré a pensar sobre lo que quería hacer con mi vida. Decidí dar una oportunidad a Dinamarca y apuntarme a la escuela de idiomas. Comencé con 6 horas de danés al día. Me matriculé en un instituto de secundaria para refugiados llamado GSI, o algo así, donde terminé mis estudios. Ahora me he trasladado a un piso de una pequeña ciudad de sólo 700 habitantes, de nombre Gedved, donde he iniciado la Universidad.

La experiencia está siendo muy diferente a todas las que he vivido en Dinamarca: la gente es muy maja, agradable. Somos 4 personas compartiendo la misma cocina, y su trato es muy amistoso. La gente con la que vivo son todos estudiantes, o de instituto, o universitarios, muchos preparándose para ser educadores sociales. Éstos últimos muestran mucha curiosidad por mi origen y cultura. Me han invitado a sus casas, y es la primera vez que alguien de aquí me invita a su hogar. Compartimos frecuentes charlas, yo aprendo de su cultura, y ellos de la mía. Hemos hecho un pacto: deben corregirme cada vez que comento un error hablando en danés. Así que ahora lo hablo mucho mejor.

En la escuela tengo muchos amigos, tanto daneses como extranjeros.

Me quedaré aquí en Gedved un año más, y después me marcharé a otra ciudad para matricularme en una escuela técnica. Quiero una formación adecuada para poder ayudar a la gente de mi país de origen. Además, me gustaría conseguir un trabajo, tener una esposa y niños.

